

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII.

Murcia 19 de Mayo de 1895.

Núm. 265.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

Imprenta y oficinas: Mariano Padilla, 49.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.



OY no quiero tratar de nada local, suplicándoles me dispensen. Una encantadora muchacha me tiene trastornado. Su bella imagen la tengo grabada en mi pensamiento. Esto es horrible. ¡Pobre Ramoncito! Esta exclamación me la hago á mi mismo, porque yo mismo me tengo lástima.

Noches pasadas fui al teatro Circo, y como de costumbre, visité al veterano Soler, hombre bromista y chispeante. Cuando estábamos tomando alegremente una copita de *Cualquier cosa*, dieron aviso á Soler, para que fuese á escena; y yo me marché á ver a representación. Al tomar asiento en mi butaca, vi en una platea á una encantadora niña que no hacía mas que mirarme y sonreírse. Con ella estaba una señora, que según me dijeron, se desayuna con chocolate de Matias López.



También estaba en la misma platea un joven que mira contra el gobierno, y que indudablemente no toma chocolate, pues el pobrecito parece un mendicantes. Yo correspondía á la joven, que tan piadosamente me dirigía sus miradas. Las mias eran flechas cupidescas, que



traspasarían, indudablemente, el corazón de mi adorada. ¡Oh! Mis ojos, en estos casos, son un Vesubio.

El que ama á una mujer se encuentra constantemente en estado incandescente. Todo es fuego...

Recuerdo, que hace cosa de dos años, me enamoré perdidamente de Tomasa, muchacha de quince abriles, morena como el betún y fea como ella sola.

Si me enamoré de Tomasa, fué tan solo porque hacía el perro admirablemente.

Con qué monada ladraba. Parecía un animal.

Pues bien; para que vean ustedes que el hombre cuando ama es todo fuego, recuerdo que la fámula de casa me mandó por media docena de huevos, mientras ella pelaba las patatas para hacerlos en tortilla, y cuando el tendero me los daba, entró Tomasa por dos cuartos de mojama y cinco céntimos de pringue.

Al verla se inflamó la hoguera de mi corazón.

Inútil es decir que cuando llegué á mi casa estaban los huevos fritos.

Dejemos recuerdos pasados y vamos al presente.

La señora que toma chocolate me miraba de cuando en cuando. Su mirada irónica me hacía muy poquisima gracia.

El joven que no toma chocolate, no sé si me miraba.

Mi adorada continuaba mirándome y sonriéndose.

¿Qué querría decir con esa risa?

Terminó la función; hice por confrontarme con mi pretendida y la dije:

—¿Cuándo podrá hablar con usted.

—Cuando se lave la cara.

La inesperada respuesta me dejó turulado. A un amigo le pregunté que que era lo que tenía.



Por toda respuesta, echó á reír desafortadamente, sin poder enterarme de lo que deseaba saber.

Y ahora lo comprendo todo. Un gran tizón me desfiguraba por completo la barba.

Y fué Soler. Cuando estuve en la habitación del simpático actor, éste me dió una palmadita en la cara, diciendo:

—Guasoncibili.

Por eso me miraba irónicamente la señora del chocolate y por eso se sonreía tanto la niña de mis ilusiones.

Ramón Blanco



El verdadero ideal.

¡Inquieta como el pájaro que altivo se pierde tras las bóvedas serenas, Mi pensamiento andaba fugitivo Por un mundo de rubias y morenas!

Te vi absorto pasar, y en el momento, Y sin fijarme en las demás mujeres, Pendiente está de ti mi pensamiento, Que ni eres rubia, ni morena eres.

Perdido y loco en mi febril carrera Con ilusiones muertas por despojos, ¿Era mi sueño alguna cabellera, O el negro ó el azul de algunos ojos?

¡No estaba el ideal en los cabellos, Ni el color de unos ojos lo escondía; Está en el alma que palpita en ellos, Y al ver los tuyos contemplé la mía!

Antonio F. Grillo.



El resorte del juguete.

—Padre, aquel gran caballo de madera, Que por la habitación sólo corría En pedazos he reto el otro día Por saber que resorte le moviera.

—¿Y has hallado el resorte?—Nada hallo; —Y después de trabajo tan penoso, ¿Qué ha conseguido al fin tu afán curioso? Quedar con tu ignorancia y sin caballo.

Ha procedido al cabo tu inocencia Como los hombres que en su afán profundo. El secreto motor que anima al mundo Quieren hallar por medio de la ciencia.

Para ver el resorte del juguete En cien pedazos lo rompió tu mano; Así también el pensamiento humano Quiebra lo que á su imperio se somete.

Descomponiendo va pieza por pieza El mecanismo oculto de la vida, Y sin hallar la máquina escondida Rompe la forma, mata la belleza.

Y cuando el hombre, de su afán vasallo, Cumplido juzga su deseo ardiente, Se queda como tú ¡pobre inocente! Con su antigua ignorancia y sin caballo.

M. de la Revilla.



La mañana y la tarde.

La candida mañana es la alegría, Ufano el mundo muestra su riqueza Al resplandor del día; La tarde es la tristeza.

La misma luz que en el risueño prisma De la gentil mañana en ondas arde, La misma luz, la misma, ¡Qué triste es la tarde!

Todo es alegre en la mañana hermosa, Que el cielo, el mar y las montañas viste De nácar y de rosa; Todo en la tarde es triste.

Tú eres la luz gentil, risueña y vaga De que hace el alba azul altivo alarde; Yo soy luz que se apaga; Soy vapor de la tarde.

Tú eres germen de amor y de belleza. Yo sombra triste de la pena esclava; Tú eres vida que empieza; Yo soy vida que acaba.

El sol te sigue, y con su lumbre bella Tu sien corona sonrosada y pura; Sigue en pos de mi huella Ciega la noche oscura.

Tu vas con tu inocencia alborozada; Yo á mi oscuro saber no me acomode; Tú aún no has visto nada; Yo lo he visto ya todo.

José Selgas



La piedad.

SONETO.

Emblema celestial de adoraciones, Virtud inmaculada que palpita Dentro del pecho; aspiración bendita Que inunda con su amor los corazones:

Misterio de deidad que con sus dones Las heladas creencias resucita, Que ensancha nuestro espíritu y limita El sendero inmoral de las pasiones;

Fuente de dulce calma y de ventura Que enjuga con su noble sentimiento Nuestras lágrimas tristes de amargura:

Virgen consoladora que serena Las horas de la vida, y con su aliento, De esperanzas y fe las almas llena

A. Alcalde Valladares.

